

vida se consagrarse á la conversion de una sola, y esto se consiguiese, debieran tenerse por bien empleados los trabajos mas penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando mas cristianamente, la gracia del Señor, me tiene firmemente adherido á la fé católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira viva compasion, porque desgraciadamente son muchas en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fé; y asi es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo: *Non sum sicut unus ex istis.* « No soy como uno de estos. » El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religion católica, lejos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazon á Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori.* « Señor, tened misericordia de este pecador. »

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fé es un don de Dios; y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecias, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religion, sino que ademas de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á mas de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una « pia mocion de la voluntad; » *pia motio voluntatis*; y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fue necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fé, y hallarme en situaciones muy variadas en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande

es el beneficio que dispensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fé solo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; solo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veian como yo las razones que militan en favor de nuestra religion; y sin embargo yo creia, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabia darme otra razon, sino exclamar: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causarían si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura inectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia? y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fé, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que « ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo, para no imitar el ejemplo de aquellas personas que pueden suportar la menor palabra contra su fé, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela, de franquearles su espíritu. » Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguia á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber trataba con un incrédulo, que fue preciso cortar toda clase de relaciones. Paré-

ceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien V. tanto inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña semejante conducta. « Era, dice V. mismo, un jóven de conducta irrepreensible, de costumbres severas, de un celo ardiente, pero tenia la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecia posible que circularan en el mundo otras doctrinas, que las que se le habian enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinion. » Y bien, V. se queja en sustancia, de que aquel jóven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde queria V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podia estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez, mira combatido ó despreciado lo que él considera como mas santo y augusto?

Es grave desacuerdo y ademas una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazon recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educacion é instruccion que ha recibido, y los circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender, cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situacion en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir.

Lo demas es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿ Pretenderia V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretension extraña? es cierto que sí; pues no menos lo seria el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados paises.

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose se cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho mas difícil en materias religiosas, refiriéndose estas á lo que hay de mas íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseidos de una idea, se nos hace inconcebible que los demas puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo mas importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que mas á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religion, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetraran, los que á roso y velloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religion, no quieran sufrir la intolerancia con que á su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algun tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvenecer la prevencion con que por algunos es mirada la intolerancia.

cia de ciertas personas, resultando que se estiman en menos hombres por otra parte muy dignos de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo sido tan diferente nuestro tenor de vida, es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mí toca no alcanzo á verla. ¿Creería V. que hasta llego á comprender muy bien, esa situación de espíritu en que se fluctúa entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperación por la impotencia de encontrarla? Imaginanse algunos que la fé está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu; y que es imposible creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fé con la misma docilidad que hacerlo puede el más sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusión el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto orden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarían los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginación que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicación. Leemos en las vidas

de los santos, que Dios permitía que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con más ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que más detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacía concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos, que á pesar de la aversión que les profesaban, se los hacían tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarían aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leído en alguno de aquellos libros que no debían de escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros que ni por asomo podemos lisonjarnos de santos, habremos sentido una y mil veces germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de malagüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la gracia, desafía á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol san Pedro: « anda dando vueltas el diablo como leon rugiente buscando á quién devorar. » Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fé*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que

por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversacion algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista como que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ójeada sobre la falta de fé que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazón se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el aciago fantasma que le abrumba, no sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: *Domine, salva nos, perimus.* « Señor, salvadnos, que perecemos. »

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y hace mas meritoria la fé de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religion, sino que se necesita la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestion de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algun incrédulo en cuya conversion se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religion, recorrer los apuntes propios sobre las materias mas graves, consultar sabios de pri-

mer orden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no desquidar el prevenirse para lo que en la discusion se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho mas conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la *Historia de las variaciones* de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen ni con mucho á las que se debieron á la angélica uncion del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las ha con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por mas que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre de que es vano confiar en la ciencia sola, y que algo mas que ella se necesita para conservar y restaurar la fé.

Pedia V. tolerancia, y tolerancia le ofrezco, la mas amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arrojaba V. por la dificultad que habia de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figure V. en adelante que le haya yo de salir al paso, con lo que apellida *sutilezas de escuela, y argumentos valederos para personas ya convencidas.* Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religion que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin

pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por bochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religion, que solo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fé, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fé, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazon los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insostenible abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que segun nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el mas grave obstáculo para que puedan aprovecharse las mejores disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de aquel que dijo: « *hágase la luz*, y la luz fué hecha. » Bien comprenderá V. que no por esto desprecie la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad*; es una flaqueza, una postracion de espíritu, que desaparecerá el dia que al Señor le pluguiera decir al *paralítico*: « Levántate, y camina por el sendero de la verdad. »

Entre tanto yo oraré por V.; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V., que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda el llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror! quizás pensará V. ¿cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única conviccion, y no estoy bien seguro ni de su existencia?..... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; éi se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caído en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oírle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio.

Cuente V. con el entrañable afecto, y la consideracion de este S. S. S. Q. B. S. M.

J. B.